

La geografía, ciencia social

MARIANO ZAMORANO¹

Universidad Nacional de Cuyo

RESUMEN

Se plantea la necesidad de actualizar la importancia de la Geografía, tanto en el campo académico como en el profesional a fin de configurar el rol y las funciones que le corresponden como ciencia social y no limitarla sólo a los elementos naturales del planeta.

RESUMÉ

Il est tout à fait nécessaire d'actualiser l'importance de la Géographie, aussi bien dans le sens académique comme dans le sens professionnel, afin de configurer le rôle et les fonctions qui lui sont propres comme une science sociale et non seulement la limiter aux éléments naturels du planète.

INTRODUCCION

El objetivo de este artículo es, ante todo, aclarar la especificidad de la geografía, para superar los anacronismos y las desviaciones que la tergiversan. Uno de los errores y prejuicios que la afectan es, precisamente, no advertir su condición social y sobreestimar la influencia de los elementos naturales, que forman parte de su espectro temático, pero no le confieren, de ninguna manera, su unidad epistemológica. De ahí, pues, el título escogido: *La geografía, ciencia social*.

Hace más de 30 años decíamos, en un pequeño libro sobre *La enseñanza de la geografía en la escuela secundaria*, estas palabras: “Ninguna disciplina, quizás, ha sido y es tan incomprendida como la geografía. Incomprensión de su objeto, de su método, de su finalidad... Incomprensión en el gran público, que acude a ella para saciar una curiosidad que se estima intrascendente; incomprensión –lo que es mucho más grave– de su valor formativo en la enseñanza; incomprensión, en fin, en las esferas de gobierno, en lo que se refiere a su importancia práctica y a su necesidad para las realizaciones ligadas al manejo del espacio en sus diversas formas. Una increíble persistencia de estas fallas de apreciación la convierten en una materia mal conocida, muy deficientemente enseñada y desaprovechada de modo lamentable en cuanto a sus apreciaciones” (Zamorano, 1965:5).

Casi a fines del segundo milenio después de Cristo estas expresiones mantienen su validez, con la circunstancia agravante que se ha ampliado aún más el desfase entre la geografía científica y la que podríamos denominar “popular”, así como idéntica brecha existe con respecto a la que conciben los especialistas de otras disciplinas y, en general, todos quienes aprendieron desdibujadamente en su paso por la enseñanza secundaria.

En las últimas décadas, los adelantos metodológicos y técnicos de la geografía, al igual que el sentido crítico acrecentado en las cuestiones teóricas, han afirmado notablemente su inserción cabal en el cuadro de las ciencias, pero esos progresos manifiestos no se han acompañado de una enseñanza equiparable. Muy por el contrario, ha podido decirse con acierto que “la sombra de la geografía escolar es un obstáculo a la difusión de la geografía”.

Por estas y otras razones omitidas en mérito a la brevedad, aun con las diferencias lógicas que corresponden a los niveles culturales, cabe decir con Bailly que “para un gran número de personas la geografía es aún el arte de nombrar lugares, de ubicarlos en la superficie terrestre, de medirlos [población, producción...]; para otros, sólo evoca paisajes lejanos que hacen soñar en viajes. De esta doble concepción emerge una idea casi caricaturesca de la enseñanza de la geografía, disciplina que transmite nomenclaturas y conocimientos detallados sobre las comarcas, capitales, ríos, montañas, producciones principales y valoriza así el Estado-Nación; pero también rama del conocimiento que debe cubrir toda la superficie terres-

¹ Profesor emérito de la Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, República Argentina.

tre a fin de evitar las lagunas del saber enciclopédico incluso en las regiones lejanas” (Bailly, 1991:168).

Esta vasta nomenclatura orientada hacia la obtención de un barniz cultural y destinada a ejercitar la memoria, impacta sobre todo por sus resonancias naturales y no se le adjudica ninguna aplicación. Esa es la postura corriente del quehacer geográfico para quienes no lo frecuentan profesionalmente.

Frente a este cuadro equívoco proponemos como hipótesis por demostrar:

- En el cuadro de las ciencias, el carácter eminentemente social de la geografía, correspondiente a una disciplina que tiene como axioma el estudio de la organización del espacio terrestre.
- La especificidad de lo geográfico en relación a otras ciencias sociales, tales como la sociología y etnología.
- La aclaración necesaria de algunas connotaciones prejuiciosas que complican la comprensión de su verdadero contexto.

Nuestra marcha dialéctica, de acuerdo con las finalidades antedichas, conviene que indague en el proceso que condujo a superar primero las dificultades del conocer, actuar y reflexionar en materia geográfica, en distintas etapas de la humanidad y, en segundo término, en la evolución que señala las alternativas de la relación hombre-medio.

LOS PASOS HACIA LA GEOGRAFIA CIENTIFICA

¿Cómo se llega a los planteamientos formales que, en el siglo XIX, dieron ser y razón de ser a una ciencia bien definida desde entonces? Conocer el entorno inmediato y los horizontes lejanos, actuar en el medio para conseguir subsistencia y bienestar, razonar para comprender los secretos de la naturaleza: tales han sido siempre los objetivos del género humano frente a su caja terrestre, para lo cual ha empeñado todas sus instancias como *homo faber* y *homo sapiens*. Este saber, esta acción y este pensar son indisociables. Entrar en posesión de la tierra y manejarla adecuadamente responde a un proceso nunca cerrado, en el cual cabe reconocer varias etapas, imbricadas en pos de un ordenamiento del espacio (Pinchemel, 1988:17).

Lo primero fue **la geografía de las posiciones y de los contornos**, hermanada con la cosmografía y la cartografía. Hasta mediados del siglo XIX

la geografía matemática y astronómica –que hoy no se consideran ramas de la geografía– ocuparon un importante lugar en las lucubraciones de los navegantes y de los viajeros terrestres, así como los pensadores preocupados por el conocimiento de las dimensiones de la tierra y la definición de las coordenadas del lugar. Por otra parte, la carta, como traducción de la aprehensión del espacio, ha sido y es por excelencia el lenguaje del geógrafo, hasta el punto de que la historia de la geografía es paralela, en esos tiempos, a la cartografía, ambas en concordancia con el descubrimiento progresivo de la Tierra.

Poco a poco, en un segundo enfoque, se produce la **identificación y el inventario de los lugares**, que se liga íntimamente a la toponimia. Se logra con esto un banco de datos, pero no un conocimiento científico, aunque es el paso previo para el estudio de la localización y la distribución de los hechos, una vena vital de lo geográfico que podemos transferir a la época actual, en plena mitad del siglo XX, cuando las innovaciones teóricas y técnicas llevan a la sofisticación cuantitativa. La distribución, sin embargo, no agota la intención geográfica, pero la aproximación y la comparación, la atención a lo locacional, comporta un método que favorece las búsquedas de la correlación espacial.

En todos los tiempos desde la Creación, subyace la preocupación por **las relaciones entre la naturaleza y el hombre**. Debe destacarse que la geografía científica se ha fundado, en el siglo XIX, sobre esta problemática. En esta centuria, el darwinismo reaviva esas cuestiones ancestrales, colocándolas bajo la lupa de los conceptos explicativos de adaptación y de evolución, lo cual presentó, como se sabe, una verdadera revolución científica. Interrogarse sobre la relación hombre-medio constituyó desde entonces un motivo de conflicto para la geografía, por su colocación en la encrucijada de las ciencias naturales y de las ciencias sociales. El debate entre el determinismo y el posibilismo hizo perder su unidad a la geografía al crear la falsa disyuntiva entre geografía física y geografía humana; pero paradójicamente fue el primer planteamiento de interdependencia que, en un proceso coherente, conduciría a conferirle ese sentido integrador aparentemente quebrado.

Epistemológicamente, en el siglo XIX, se arriba al **concepto decisivo, el de integración**, que impregna el método geográfico y le da a los hechos que interesan a la ciencia de la superficie una especificidad indudable. Desde este punto de vista la región y el paisaje se convierten en el

coronamiento de la geografía al representar cabalmente una visión totalizadora, esa síntesis que –como dice Vidal de la Blanche– procura no separar lo que la naturaleza presenta unido, en una globalización en la que las partes no tienen sentido sino en función del todo.

Sobre la base de estos parámetros se construyen dos axiomas profundamente enlazados, que otorgan a la geografía el carácter de ciencia del espacio terrestre y de su organización.

En suma, saber, acción y pensamiento son la base en una incursión válida en este proceso multiseccular, a cuyo término podemos extraer tres actitudes que definen a lo geográfico:

- lo locacional;
- lo ecológico;
- lo paisajístico y lo regional como expresión de un enfoque integral de la realidad.

LAS ALTERNATIVAS DE LA RELACION HOMBRE MEDIO

Puesto que aspiramos a probar el sesgo eminentemente social de lo geográfico, convendrá desde ahora basar la demostración en lo ecológico, es decir, en la consideración de las relaciones entre el hombre y su ambiente, incluyendo en esto último tanto lo natural como los resultados de la acción humana.

Es muy conveniente señalar que el término ecología puede utilizarse con dos alcances. Ante todo, en sentido restringido, como lo acentuaba el francés Max Sorre en una obra clásica (Sorre, 1943). Para este autor, la primera tarea de la geografía humana consiste en el estudio del hombre considerado como un organismo viviente, sometido a determinadas condiciones de existencia recibidas del medio natural. Este criterio fuertemente inspirado en la teoría de la evolución biológica, toma en cuenta especialmente las influencias del clima y del medio viviente.

El mismo Sorre amplía el alcance de lo ecológico, al colocar a los grupos humanos en el primer plano “con todo su poder de invención, con todas sus iniciativas, partidos para conquistar el globo, para transformarlo en ecumene” (Sorre, 1948:5) Caben entonces las reflexiones sobre las técnicas de la vida social, de la energía, de producción y transformación de la materia prima; en fin, de la conquista del espacio que dan pie a ramas como la geografía política, geografía agrícola, geografía industrial y geografía de los transportes (Sorre:1950). En suma, la amalgama de estas dos perspectivas nos autoriza a definir la geo-

grafía como una ecología del hombre.

Esta relación dialéctica entre lo natural y lo humano se desgrena en un proceso en el que podemos reconocer cuatro fases esenciales, las cuales culminarán, por afinamiento, al cabo de 150 años de interpretación de la geografía, en aquello que hemos condensado en nuestro título. Adherimos, en esta concatenación, a lo que señala la escuela alemana (Maier y otros, 1987).

a) Una **primera fase godeterminista** se inspira en los estudios sociológicos que desarrolló el francés Le Play a mediados del siglo pasado, en los cuales insistía sobre los “modos del trabajo” de los grupos familiares, concibiéndolos en estrecha relación con el medio geográfico. Este criterio fue el punto de partida para el concepto –elaborado ahora por los geógrafos– de géneros de vida y, a fines de la centuria, desembocó en las formulaciones del alemán Ratzel, a quien se considera el padre de la antropogeografía. Pero estos comienzos aparecen asignados por la “sobrestimación de la influencia de la naturaleza sobre la evolución de la civilización y de la historia del hombre” (Maier y otros, 1987:3); supuesto permanente del determinismo.

En realidad, el sometimiento de los grupos humanos a los dictados del medio natural forma parte de una concepción que arranca en los albores de la humanidad. Desde la célebre obra de Hipócrates en el siglo V antes de Cristo, hasta Huntington en nuestra centuria (1942), pasando por Platón y Aristóteles, por Bodin, Dubos y Montesquieu, una frondosa lista bibliográfica recoge los incontables testimonios de quienes opinan que el hombre no puede escapar a los designios que le impone el medio.

Citemos dos ejemplos notables: uno por su tono apocalíptico: otro, porque somete a la misma ley ineludible a las ciudades, creaciones humanas por antonomasia. Ellen Semple, discípula norteamericana de Ratzel, superó en falta de flexibilidad a su maestro con determinaciones fatalistas como la siguiente: “El hombre es un producto de la superficie de la Tierra. Ello no significa solamente que se trata de un hijo de la tierra, polvo de su polvo, sino también que la tierra lo ha engendrado y alimentado, que le ha impuesto sus tareas y orientado sus pensamientos, que lo ha enfrentado con dificultades y ha endurecido su cuerpo y aguzado su espíritu, que le ha planteado problemas de navegación o de irrigación, sino que le ha sugerido al mismo tiempo acertados consejos tendientes a lograr su solución. La tierra ha penetrado los huesos y la carne del hombre así como su espíritu y su alma...” (Semple, 1911:1).

Muchísimo más se agrega a propósito de esta influencia considerada terminante. Los ejemplos son numerosos, y basados, sea en el influjo poderoso del relieve y de los suelos, sea en la compleja acción del clima, como lo atestigua el libro *El clima hace al hombre* (Mills, 1945). Esta consideración de hombre y medio como dos abstracciones enfrentadas en la que el primero empeña el papel de dominado, tuvo formidable vigencia hasta fines del siglo XIX; pero ciertamente subsiste luego en pleno período posibilista e incluso aplicado a creaciones en las que la acción de los grupos humanos es muy manifiesta. Los estudios de geografía urbana se sistematizaron, en parte por la razón antedicha de la atención a lo natural sólo en plena centuria actual. La obra de Raúl Blanchard en 1911, *Grenoble. Estudio de Geografía Urbana*, se considera la primera monografía de una ciudad específica. Pues bien, este excelente geógrafo no pudo liberarse aún del preconceito determinista y escribía en el prólogo de su libro: “La idea básica de este estudio no es otra que la de explicar el origen y desenvolvimiento de la ciudad, como consecuencia de las condiciones físicas de su situación”, y en la conclusión reafirma este criterio del peso de la localización natural al señalar que “Grenoble, desde su origen hasta llegar a su actual extensión, es una ciudad que se caracteriza por su situación en el punto de convergencia de diferentes terrenos, en la confluencia de unos ríos. A pesar de los cambios humanos, la naturaleza hace siempre valer sus derechos, incluso sobre un organismo tan complejo como es la ciudad”.

b) La **fase posibilista de la geografía** tiene como mentor fundamental al gran geógrafo francés Vidal de la Blanche, quien tomaba en cuenta, ante todo, la iniciativa del hombre y su relativa autonomía frente a lo natural. La lucha por subsistir y mejorar sus condiciones de vida es la base del aprovechamiento factible del medio. Los grupos humanos lo logran de diferentes maneras, como lo testimonian los géneros de vida, término acuñado en la época para referirse, justamente, a esa adaptación “posible” a las circunstancias actuales y a la mayor o menor independencia según el grado de civilización.

La concepción de este autor es un hito decisivo en cuanto marca, desde entonces, el carácter humanístico de la geografía, reforzado por la escuela francesa a través de numerosos continuadores. Aún aceptando las limitaciones que impone el medio, se coloca al hombre en primer plano como objeto de atención de la disciplina y acen-

túa la discusión estéril sobre la supremacía de uno u otro componente en el devenir de la humanidad. Las palabras de Vidal de la Blanche en *Tableau géographique de la France* resume este criterio: “Una individualidad geográfica no es una cosa dada de antemano por la naturaleza. Una comarca es un receptáculo en el que duermen energías cuyo germen ha depositado la naturaleza, pero cuyo empleo depende del hombre. Es él quien, plegándola a su uso, elimina su individualidad. Es entonces cuando una comarca se precisa y se diferencia, y cuando se convierte, a la larga, en una medalla acuñada según la imagen de un pueblo”.

c) El entrecruzamiento de la geografía y la sociología se torna más evidente en lo que la escuela alemana llama **fase morfogenética de la geografía humana**, aunque por nuestra parte preferamos hablar de geografía, sin aditamentos. Se produce cuando, a finales del siglo XIX, Durkheim “intenta estudiar en su conjunto los aspectos materiales de la cultura y su plasmación en el paisaje” (Maier y otros, 1987:5). Esta aspiración recaló en incorporación de una “morfología social”, que incluía el sustrato constituido por “la distribución espacial de la población, la estructura de las vías de comunicación, la configuración de las viviendas y de los núcleos de población” (Maier y otros, 1987:6); en una palabra, componentes que representan contenidos claramente geográficos. El carácter formal de estas indagaciones fue acentuado luego por el enfoque de Schüter (1906) que condujo, en definitiva, a la gran difusión del concepto paisaje, en sus elementos visibles, en lo cual se concedía gran importancia a la evolución histórica.

Este concepto de paisaje y el de región tenían como supuesto implícito, aplicado en los estudios de la época, el principio posibilista y, aunque no se teorizó apreciablemente sobre el tema, esas décadas significaron –al margen de errores metodológicos que puedan atribuírseles– la plasmación de una línea humanística indiscutible. Para Mauricio Le Lannou, uno de los pocos que escribió sobre estas precisiones, la geografía humana –la geografía *tout court* como él la califica– se define fácilmente como “la ciencia del hombre-habitante” (Le Lannou, 1949:11).

d) Finalmente, y en especial desde la tercera década de este siglo, se asiste a una **fase funcional de la geografía**, según la denominación de la escuela alemana. Esta dirección tiene puntos de contacto con la ecología social y humana norteamericana –influida por la teoría de la evolución–

que utiliza con amplitud el término y adjudica a la conexión hombre-medio ambiente lo que, en principio, corresponde más limitadamente a la vinculación organismo-medio, con sus connotaciones biológicas. Este doble enfoque, desde una óptica geográfica, ya lo advertimos en Max Sorre. Por esta vía se introducen los modos de comportamiento, con su alcance social a lo espacial se refiere, precisamente, a las funciones fundamentales de la existencia: residir, trabajar, aprovisionarse y consumir, desplazarse, educarse, gozar de esparcimiento, procrear y vivir en comunidad.

La tónica humanística implícita ya en la disyuntiva determinista adquiere ahora su diapason culminante porque reconoce al espacio como “organización funcional de la sociedad”. La relación fenómenos existenciales de base y comunidades humanas es indisoluble por cuantos grupos –sean familiares y étnicos (sociobiológicos), socioeconómicos o socioculturales–, son “los portadores de las funciones y los creadores de las estructuras espaciales” (Frémont *et al.*, 1984). Debemos advertir que los hombres no actúan solos sino conjuntamente o, al menos, con una proyección en la colectividad, en un contexto social. Si el concepto de espacio es consustancial a lo geográfico, sobre la base de las reflexiones anteriores acerca de la homogeneidad de comportamiento de los grupos, caben las definiciones en las que concuerdan hoy muchos geógrafos. Para el alemán Schaffer (1968) la geografía “es la ciencia de la organización espacial de la vida social”; para el francés Isnard, el objeto de la disciplina es considerar el espacio geográfico como producto social (1978).

Fase geodeterminista, fase posibilista, fase morfogenética, fase funcional: en su transcurso, desde mediados del siglo pasado, el sentido humanístico es el eje que establece la continuidad. ¿Geografía humana o geografía social? Ambas se inspiraron en la afirmación esencial del hombre como organizador del espacio. La preferencia por una u otra denominación resulta de un proceso epistemológico signado por las alternativas que afectan a los grupos humanos, cuya presencia en el escenario terrestre se torna cada vez más ostensible y más poderosa. El tímido apelativo de “humana”, tan cercado en su primer momento por las connotaciones naturales, cede paso al “social”, que traduce mejor la omnipotencia de esos grupos y el impacto espacial de las aglomeraciones y las otras formas de poblamiento que ha conformado.

EL ACRECENTAMIENTO DE LAS VINCULACIONES CON LO SOCIAL: GEOGRAFIA DE LAS REPRESENTACIONES Y GEOGRAFIA RADICAL

La compenetración de la geografía con las ciencias sociales ofrece otras dos vertientes que revalidan esa consideración prioritaria que le merecen los seres humanos. No nos vamos a detener –no corresponde– en la conmoción que la ciencia de la superficie terrestre experimentó después del tremendo impacto de la segunda guerra mundial. Baste decir que hubo cuestionamientos de fondo y que, de una geografía tradicional excepcionalista, empírica, inductiva y retrospectiva, se pasó, abruptamente, a una “nueva” geografía generalista, teórica, deductiva y prospectiva. Entre las recientes aportaciones ocuparon un lugar destacado las demostraciones cuantitativas y las teorías para convertir a la geografía en una ciencia nomotética, que busca el establecimiento de leyes.

La primacía exagerada del positivismo lógico y cuantitativo, que rozó en la deshumanización de lo geográfico, provocó una reacción sustentada en sobre todo por la revelación y la urgencia repentina de las cuestiones ecológicas y ambientales (Pocock, 1984:139). De esta réplica –que reivindica el papel de las sociedades y atiende su proyección espacial– surgieron dos corrientes en los últimos 30 años, englobadas en la llamada geografía humanista.

a) La **geografía de las representaciones**, que comprende entre otros, el estudio de los espacios percibidos y de los espacios vividos. Esta vía nos conduce a introducir la subjetividad, calibrada individual y colectivamente, la cual toma en cuenta, en especial, el papel de los valores sociales que culminan en el espacio vivido, demostrativo de la resonancia práctica y afectiva (Bailly, 1984:133-138). Con ella se supera –para apreciar el comportamiento humano– la consideración puramente objetiva, experimental, muy ceñida al cuadro físico y basada en la teoría estímulo-respuesta.

En sus inicios, esta aceptación de un lazo psicológico, que establece una relación evidente entre el hombre y su medio, se manifestó en el reconocimiento de cómo reaccionaba el sujeto ante el paisaje presente y dio margen al desarrollo amplio de una geografía de la percepción. Numerosas investigaciones encontraron su motivación en el ámbito urbano, que ofrecía una apertura fecunda a esta problemática (Bailly, 1979). Las ciudades fueron abordadas, en la búsqueda de su ima-

gen total y parcial, según los lineamientos que marcó, en un trabajo pionero, Kevin Lynch (1960). Además, se incluyeron en esta visión subjetiva, el comportamiento del hombre y de los grupos frente al impacto psicológico de imágenes y de hechos vinculados a problemas como la contaminación ambiental y los riesgos naturales: inundaciones, sequías, aludes, erupciones volcánicas, terremotos... (Capel, 1973: 58-150).

Todas estas corrientes, de raigambre humanística, se apoyan en una fenomenología existencial y ponen el acento en el estudio de las interacciones y de las finalidades de un grupo humano dado. En virtud de ellas se ha enriquecido notoriamente la comprensión de los espacios en los que se mueve el hombre y se ha progresado en el enlace conceptual de lo objetivo y lo subjetivo a través del acercamiento fructífero de la sociología, la psicología y la geografía. Desde el espacio practicado –en el que transita cada individuo–, como marco percibido y trascendente, ascendemos a nuestra aprehensión a los espacios sociales vividos e imaginados, insertos en la extensa gama de los espacios representados (Di Méo, 1991:124). Sin dudas un humanismo que no descuida el proceso de las experiencias vitales y de sus conexiones, para confluir en una especialización que rescata y confronta lo vivido y lo real. Bien lo afirma Frémont: “...Las relaciones del hombre con el espacio no constituyen un conjunto de datos immanentes e innatos: se combinan en una experiencia vivida que, según las edades de la vida, se forma, se estructura y se deshace” (Frémont, 1976:19).

b) La **geografía radical o crítica**, nacida en Estados Unidos al final de los años sesenta, también se opone a la lógica positivista y reclama por el abuso de métodos matemáticos percibidos con un fin y no como un medio. Izquierdizante, constituye una visión de la geografía que da la mayor importancia a la problemática del materialismo histórico y al análisis dialéctico que maneja conceptos antagónicos: capital-trabajo, centro-periferia, naturaleza-cultura. Esto conduce geográficamente a distinguir un espacio central dominante, de otro periférico dominado, e ingresan por esta vía, problemas como la pobreza, el hambre, la segregación racial, la mortalidad infantil, la droga, los hechos de dominación, la guerra...

Este caso de la geografía radical merece una digresión porque entronca con lo propuesto en la tercera de nuestras hipótesis. En efecto, lleva en sí una parcialización que debe ser superada. El hecho de saldar omisiones o acentuar la inclusión otrora retaceada de algunos contenidos, no nos

autoriza a convertirlos en únicos objetos de la geografía. Por otra parte los temas críticos ya eran parte claramente manifestada o, a veces, implícitas en muchos autores, y en la actualidad no se ha hecho sino condensarlos o reforzarlos.

Por cierto, en plena revolución industrial, a lo largo del siglo XIX, existió lo que ha dado en llamarse la revolución de la sensibilidad, que reaccionaba contra la calidad de vida cada vez más deteriorada, y se concretó en varios proyectos para mejorar el ambiente urbano, desde las exhortaciones del inglés John Ruskin para combatir la civilización del carbón y del acero, hasta las iniciativas de Morris, Howard y Geddes (Claval, 1974: 144-159). En Francia, el geógrafo Jean Brunhes, tan comprometido con los problemas de ese período, respondía al clamor de los intelectuales de la época incitando a la solidaridad entre las diferentes clases sociales, en la búsqueda de reducir la enfermedad, la miseria y el vicio. Max Sorre, con enfoque auténticamente geográfico, denunciaba, en la década de los años cuarenta, los problemas de raíz demográfica que conducían al hacinamiento, con todas sus secuelas, y las complejas interrelaciones que provocaban morbilidad y mortalidad como resultantes de un manejo espacial deleznable.

La geografía radical procura ahondar en los problemas sociales, con sus repercusiones espaciales, y su influencia ha sido positiva en cuanto representa un toque de atención hacia una problemática candente, sobre la cual pone énfasis particular. Pero, como contrapartida, la marginación de otros aspectos resulta insostenible en el plano científico. Hay que reivindicar todas las modalidades de lo social y proceder, en el orden geográfico, con su correcta espacialización.

LA ESPECIFICIDAD DE LO GEOGRAFICO

Creemos suficientemente aclarado que la geografía, ciencia de la organización del espacio, reconoce a las sociedades como el motor de ese apoderamiento del planeta. Corresponde deslindar en dónde reside la especialidad de lo geográfico, para evitar confusiones, porque –hay que recalcarlo– no se dedica al hecho social en sí, sino a su espacialización, a la proyección en el espacio de religiones, niveles de vida, cultura en todas sus manifestaciones... A modo de ejemplo, entre miles factibles, citamos la ciudad de Pekín, cuyo trazado en cuadrícula corresponde a motivaciones de orden social: una segregación racial

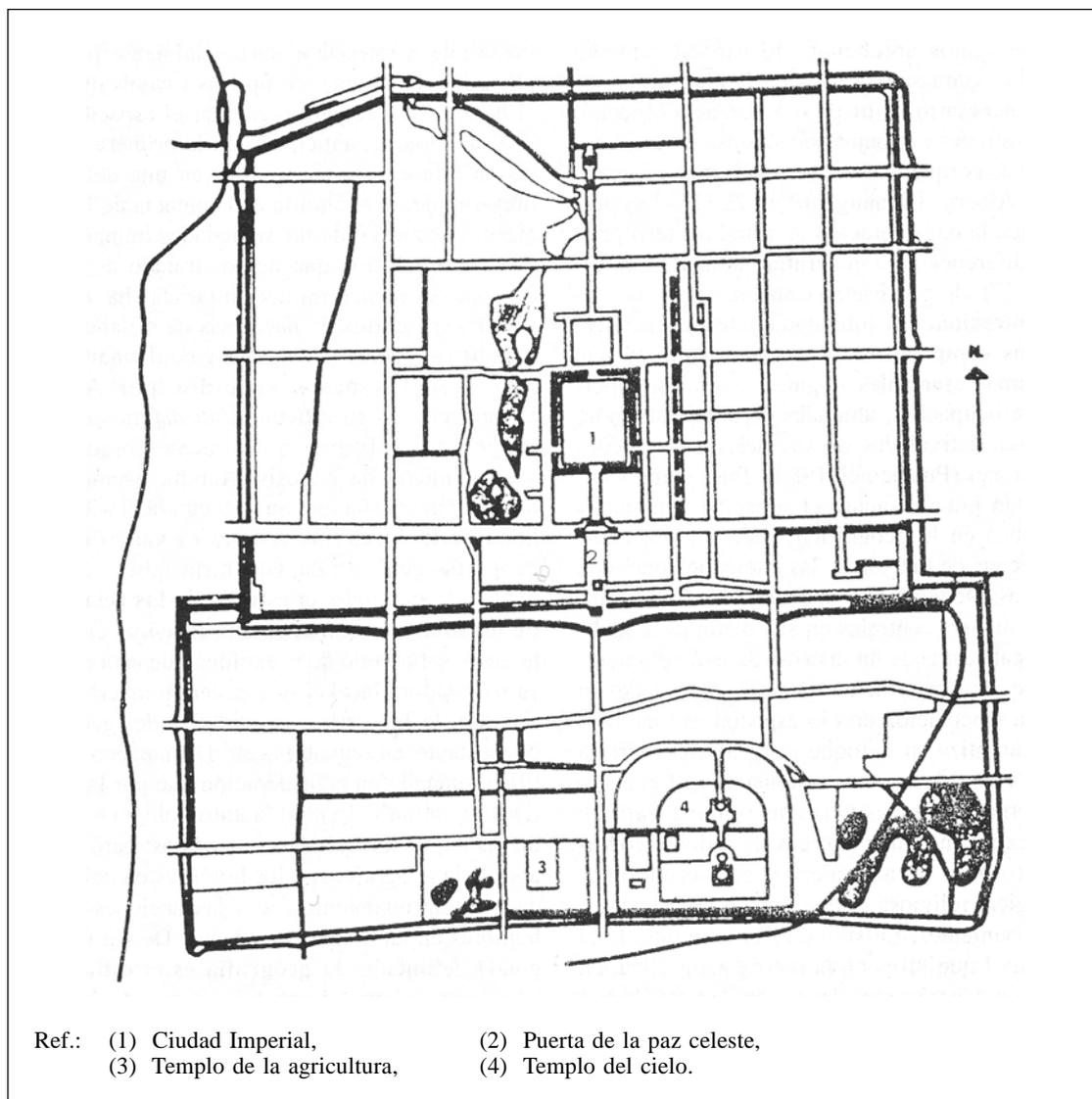
y religiosa que se manifiesta en la situación respectiva de la ciudad china, tártara, imperial y prohibida, diferenciadas cuidadosamente, a lo que se agrega la preferente orientación de los altares hacia el sur y los cierres hacia el norte, por razones también religiosas; en fin se expresa una tendencia intelectual en la disposición del plano de damero (Rimbert, 1973:34) (figura 1). Detrás del paisaje visible, explicándolo, se mueven los hilos culturales de la sociedad. La referencia espacial es, pues, esencial y nos permite separar lo socio-

lógico de lo geográfico. Para el alemán Schöller (1968) “el objeto de la investigación sociológica son los sucesos sociales como tales –como fruto de las relaciones entre hombres en sentido estricto, diríamos nosotros– mientras que el objetivo de la geografía social es investigar el desarrollo, la diferenciación y el efecto de los procesos y formas sociales del espacio”. (Maier y otros, 1987:22).

Ahora bien, ¿cómo debe entenderse este espacio a que aluden los geógrafos? No es, de ningun-

FIGURA 1

PEKIN, ANTIGUA CAPITAL DE LOS MING (1368-1644)
RIMBERT, S., LES PAYSAGES URBAINS, PARIS, COLIN, 1973



na manera, el espacio sideral, sino una visión que ha cobrado valor genérico desde la década de los años 50, y reemplaza, en gran medida, la expresión, anteriormente más difundida, de superficie terrestre. Es sabido que con ella se hace referencia a las tres esferas constitutivas del planeta (litosfera, hidrosfera y atmósfera), concepto de alcance volumétrico como recinto de la vida en particular la del hombre. En este último sentido se identifica como ecumene, esto es, la tierra habitada o habitable, porque “este espacio no tiene sentido en función de una sociedad y de una cultura de la cual es el producto, la expresión y el cuadro vivido, sufrido u ordenado” (Frémont *et al.*, 1984).

¿Cómo se manifiestan, en esta ecumene, los contenidos que le interesan a la geografía y de qué manera incorporamos lo social? Hay que acudir al enfoque sistémico para responder a esta pregunta.

Si queremos aprehender lo específicamente geográfico para separarlo con claridad de lo social, es necesario partir de la referencia espacial; el geógrafo debe trabajar apoyándose en una base territorial, porque –como decía el gran geógrafo francés Alberto Demangeon (1942:31)– “es precisamente la consideración de este lazo territorial lo que diferencia a la geografía humana de la sociología”. Todo geosistema o sistema espacial, con sus implicaciones de totalidad e interdependencia entre sus componentes, está compuesto de seis subsistemas esenciales: lugares centrales, superficies de ocupación, unidades de administración, población, actividades o usos del suelo, y redes de relaciones (Pinchemel, 1988). Tales componentes agotan prácticamente el espectro temático y nos ubican en lo geográfico; cada uno de ellos, lógicamente, en función de las interconexiones con los demás. De modo que si estudiamos, por ejemplo, los lugares centrales en sus distintas modalidades –cabeceras de un distrito, de una aglomeración, de una provincia, de una región, de un país–, la vinculación con lo espacial es bien neta y nos garantiza su enfoque geográfico. Sobre la base de este criterio es comprensible que el sistema incorpore entradas y salidas (*input* y *output*), lo que explican, muchas veces de índole geográfica, pero otras de naturaleza social, económica, psicológica, religiosa..., que actúan como procesos intervinientes. En suma, es el conjunto de la sociedad el que provoca la marca geográfica, en una acción que podemos desglosar, de acuerdo con la división de las influencias, demográficas, políticas, económicas, etc. Estas precisiones, en consecuencia, diferencian lo sociológico de lo geo-

gráfico, siempre que medie la espacialización correspondiente. Con ello confirmamos la segunda hipótesis enunciada al principio sobre lo social-geográfico.

No obstante, no hay que aludir a la geografía social como si fuera una rama, una parte de la geografía general. Nuestro punto de vista implica la caracterización epistemológica global de nuestra ciencia, que enfatizamos así: la geografía no es una ciencia natural sino social. Muchos autores no interpretan esta diferencia sutil, que ya se manifestó cuando la denominación de geografía humana y las aclaraciones pertinentes condujeron a admitir que la expresión era, en realidad, un pleonismo, porque el grado de humana era innecesario. Hoy, con posterioridad a un proceso cuyos pasos hemos señalado, hay que concluir también en que la geografía, toda entera, es una ciencia social. Lo natural no queda descartado, de ningún modo, en cuanto supone el sustrato territorial ineludible e interviene sustancialmente para explicar las condiciones complejas y cambiantes que el hombre utiliza para organizar el espacio.

Este carácter, anticipado en la primera hipótesis de este escrito, se traduce en una definición muy simple: la geografía es la ciencia de la organización espacial de las sociedades humanas.

Una conclusión que hemos tratado de justificar, pero que, bien mirado, no escapaba ya a los grandes geógrafos de hace más de 50 años. Una magnífica y muy pedagógica confirmación de ellos son los pasos seguidos por Alberto Demangeon en su artículo *Una definición de la geografía* y volvemos a esa fuente porque sirve acabadamente de síntesis. Aunque Demangeon habla de geografía humana –según la clásica dualidad de la época– su criterio es válido para la geografía general. La geografía –dice Demangeon– es, ante todo, **el estudio de las relaciones de los hombres con el medio físico**, noción que le viene sobre todo de la ecología, de acuerdo con su teorizador Haeckel, y esa determinación debe ser uno de los primeros cuidados del geógrafo. No obstante, en segundo lugar, Demangeon se rectifica tomando en consideración que por la investigación de un individuo la antropología y la medicina llegan a resultados científicos; pero lo que aborda la geografía son los hombres en colectividades y agrupamientos: son las acciones de los hombres en tanto que sociedades. De ahí una segunda definición: **la geografía es el estudio de los agrupamientos humanos en su relación con el medio físico**. En fin, la expresión medio geográfico es más comprensiva que la de medio físico porque abraza no solamente las influencias

naturales sino también las del hombre mismo, agente que transforma a fondo el paisaje natural. En definitiva, **la geografía es el estudio de los agrupamientos humanos en sus conexiones con el medio geográfico** (Demangeon, 1947: 26-29).

Al término de esta concatenación de temas estamos lejos de aquel cuestionamiento inicial de la divulgada idea de la geografía como una vasta nomenclatura y una simple descripción, en la cual la atención preferente debe ser consagrada a lo natural. Llegamos, en cambio, a la conclusión de que es una ciencia social preocupada primordialmente por apreciar la impronta de los grupos humanos en la superficie terrestre. Su finalidad es interpretar y mostrar, en función del futuro, el estado actual de la organización del espacio por obra de las sociedades.

En el transcurrir secular de la ciencia hemos eliminado la antigua **geografía astronómica y matemática**, cuyos temas sólo adoptamos hoy cuando conciernen directamente a nuestra morada terrestre; hemos reubicado a la **cartografía**, disciplina auxiliar indispensable, otrora considerada sinónimo de geografía, pero cuyo lenguaje no puede resumir el espíritu integral y explicativo de la ciencia de la superficie terrestre; hemos superado la **dualidad geografía física – geografía humana** desterrando todo determinismo, sea natural, sea social, que reste objetividad al tratamiento de la compleja realidad de las combinaciones geográficas; hemos reivindicado la preocupación, de larga data, de los geógrafos, acerca de los **problemas sociales**, al mismo tiempo que su interés responsable por lo **ecológico**, tanto ligado a lo natural como en lo social. Hay en esto último no solamente una necesidad científica, sino también un estado de espíritu y un deber de conciencia.

Reconozcamos la intervención gravitante de las sociedades en la organización del espacio, en lo cual cuenta la naturaleza como habitáculo primigenio, emanado de una sabiduría divina que los grupos humanos no deben desoír. En el acuciante problema del deterioro ambiental, amenaza un descalabro del planeta por el mal manejo que de él hacen las sociedades, es necesario inscribir como guía aquel tema tan difundido: “no se triunfa sobre la naturaleza sino obedeciéndola”.

Quisiera dar fin a estas reflexiones repitiendo lo que el recordado geógrafo Pierre Deffontaines –que nos acompañó varias veces a Mendoza– expresaba a propósito de la grandeza que traduce la geografía, porque enseña una moral de frater-

nidad para que esta Tierra sea menos áspera, más humana... El hombre –decía Deffontaines– es, en cierto modo, responsable de la Tierra: **no debe degradarla**.

BIBLIOGRAFIA

- BAILLY, A. (1979): La percepción del espacio urbano. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.
- BAILLY, A. (1984): Les concepts de la géographie humaine. Paris, Masson.
- BAILLY, A. (1991): Le programme de géographie de l'Association des Écoles Internationales. 11-16 ans, en CHAMP'S. Enseigner la Géographie en Europe. Paris, Anthropos.
- CAPEL, A. (1973): Percepción del medio y comportamiento geográfico, en “Revista de Geografía”, volumen VII, N° 1-2. Barcelona, Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona.
- CLAVAL, P. (1974): Evolución de la geografía humana. Barcelona, Oikos-Tau.
- DEMANGEON, A. (1947): Problèmes de géographie humaine. Paris, Colin.
- DI MEO, G. (1991): L'Homme, la Société, l'Espace. Paris, Ed. Económica.
- FREMONT, A., CHEVALIER, J., HERIN, R. et RENARD, J. (1984): Géographie sociale. Paris, Masson.
- LE LANNOU, M. (1949): La géographie humaine. Paris, Flammarion.
- LYNCH, K. (1960): The image of the city. Cambridge (Mass.). M.I.T. Press.
- MAIER, J., PAESLER, R., RUPPERT, K y SCHAFFER, T. (1987): Geografía Social. Madrid. Ediciones Rialp.
- MILLS, Cl. (1945): El clima hace al hombre. Buenos Aires, Editorial Argonauta.
- PINCHEMEL, Ph. et G. (1988). La face de la Terre. Elements de géographie. Paris, Colin.
- RIMBERT, S. (1943): Les paysages urbains. Paris, Colin.
- SEMPLE, E.C. (1911): Influence of geographic environment on the basis of Ratzel's system of anthropogeography. London, Henry Holt.
- SORRE, M. (1943): Les fondements de la géographie humaine. Tome premier. Les fondements biologiques. Essai d'une écologie de l'homme. Paris, Colin.
- SORRE, M. (1948): Les fondements de la géographie humaine. Tome I. Les fondements techniques. I. Les techniques de la vie sociale. Les techniques et la géographie de l'énergie. La conquête de l'espace. Paris, Colin.
- SORRE, M. (1950): Les fondements de la géographie humaine. Tome II. Les fondements techniques. II. Les techniques de production et de transformation des matières premières. Paris, Colin.
- VIDAL DE LA BLANCHE, P. (1903): Tableau géographique de la France. Paris, Colin.
- ZAMORANO, M. (1965): La enseñanza de la geografía en la escuela secundaria. Buenos Aires, Eudeba (La escuela en el tiempo).